

29

9

SELECCION

FILMS

DE AMOR

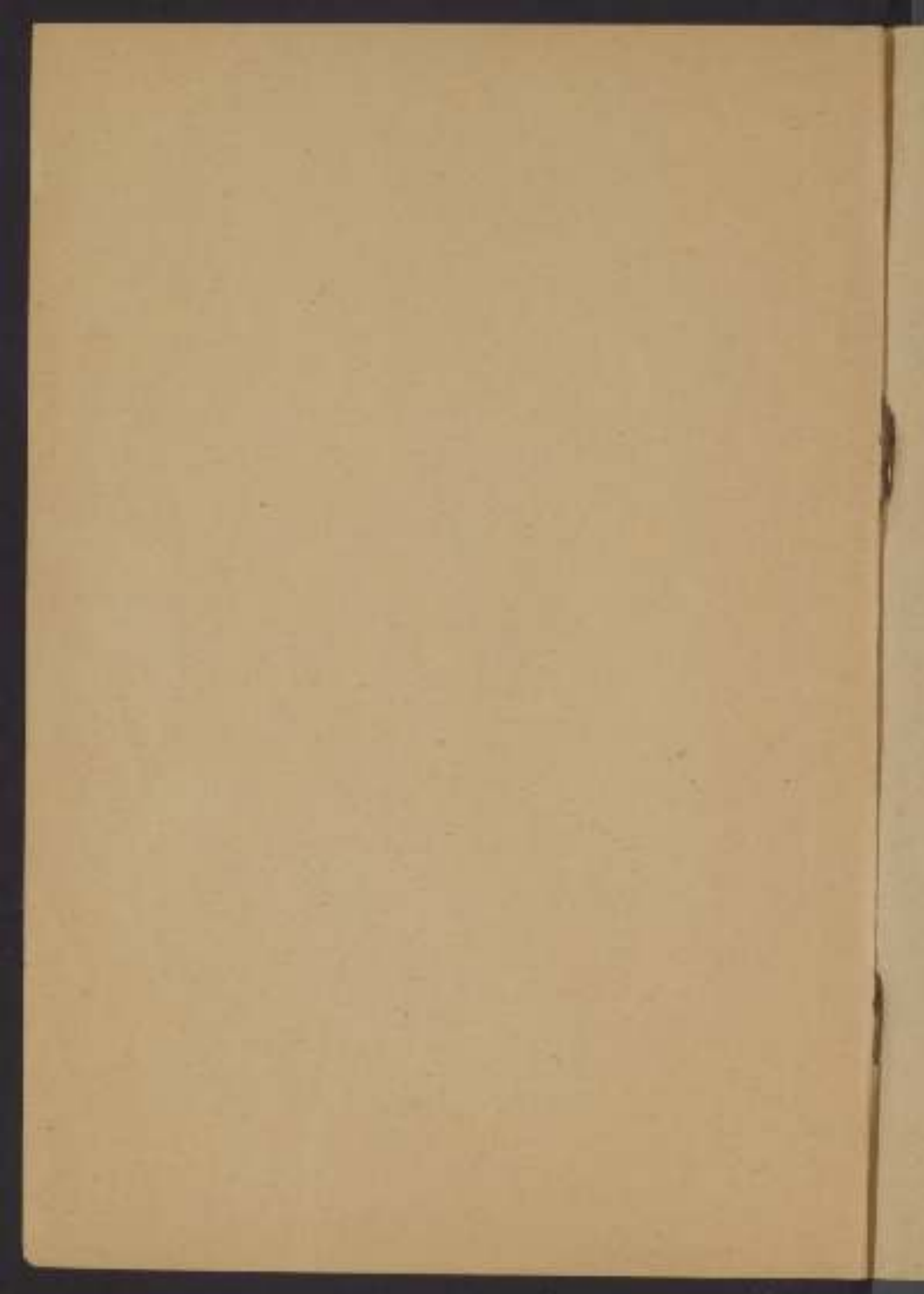
SAGRARIO

RAMON PEREDA

ADRIANA LAMAR



50c



SELECCIÓN FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDADER

EDITORIAL

NUOVA
COLECCIÓN

Redacción, Administración y Talleres:
Salamanca, 334-Apartado 787-1a. 10017-Barcelona



PUBLICACIÓN
QUINCENAL

Agencia de ventas: Sdad. Gral. Española de Librería, Harbord, 14 y 16-Barcelona

AÑO II

NÚM. 24

Sagrario

Producción ASPA-FILMS

Dirección de Ramón Peón

EXCLUSIVAS

BALART Y SIMÓ

Aragón, 249 - BARCELONA



PRINCIPALES INTERPRETES

Elena	Adriana Lomar
Sagrario	María Luisa Zoa
Juan	Julio Villarreal
Arturo	Ramón Pereda

Problema difícil, asunto de difícil resolución, es el que en este film nos ofrece el autor de la novela. Con extraordinaria habilidad ha sabido jugar con los sentimientos humanos y la venganza, el amor y el agradecimiento, se desarrollan en un ambiente tan humano como conmovedor.

Narración literaria de
M. Nieto Galán

Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: UNA peseta

LOS GRANDES ÉXITOS DE LA TEMPORADA

VIAJE DE NOVIOS	Brigitte Helm.
PARTO DE TIRANOS	Edward G. Robinson.
EL ROBINSON MODERNO	Douglas Fairbanks.
SOLTERO INOCENTE	Maurice Chevalier.
I. F. I. NO CONTU	Charles Boyer.
MELODIA DE ARAHAL	L. Argentina.—C. Gardel.
EL SIGNO DE LA CRUZ	F. March.—K. Landl.
TODO POR EL AMOR	Jan Kiepura.
DARTON	Jacques Gratiolat.
ESTRELLA DE VALENCIA	Brighton Helm.
CAROLINA POR ARAB	Clark Gable.
KING KONG	Peg Wray.
YO... Y LA IMPERATRIZ	Lillian Harney.
MADAME BUTTERFLY	Sylvia Sydney.
EL DINO ANTE EL ESPEJO	N. Carroll.
VAMPÍREXAS 1933	Warren William.
E. O. A. (CHESSE)	Red La Roque.
AMORIOS (Lilabell)	Maria Schneider.
MATIN GOLDFORD	Lise Nora.
LA ISLA DE LAS ALMAS PERDIDAS	Charles Laughton.
VUELAN MIS CANCIONES	Martha Eggerth.
DIME QUIEN ERAS TU	Liane Haid.
NACIDA PARA PECAR	Mae West.
AUDENCIA IMPERIAL	Martha Eggerth.
EL SECRETO DEL DR. MAREX	Fritz Lang.
EL RESUCITADO	Boris Karloff.
PARIS-MONTECARLO	Henry Garat.
PHILIP DURELAY	Gaby Morlay.
GUERRA DE VALER	Walter Weitsch.
MARIA	Annabella.
TARJAN DE LAS FIENAS	Buster Crabbe.
UNA VIDA POR OTRA	Nancy Terras.
EL AGUA EN EL SUELO	Maxoht Presson.
LA MASCARA DEL OTRO	Ronald Colman.
UNA DE NOSOTRAS	Brigitte Helm.
EL COLLAR DE LA REINA	Diana Wynne.
LA NOVIATA UNIVERSITARIA	Ruster Graham.
NIJER ATRADA	Nancy Carroll.
MORAL Y AMOR	Camilla Horn.

PRECIOS A

EDITORIAL "ALAS"—Apartado 707.—BARCELONA

Enviamos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en billetes de correo. Envíanlos cinco céntimos para el certificado. Envío gratuito.

MALAS COMPANÍAS

Hasta aquel entonces el hogar de Juan Martínez, obrero honrado y trabajador, había sido un hogar modelo de felicidad y dicha. Gracias a la laboriosidad de Juan en su casa no se carecía de nada de lo necesario para vivir cómodamente, con esa comodidad que el obrero puede desear en su pobreza. Pero a falta de otros lujos, poseían el amor que se profesaba el matrimonio a quien el Cielo había otorgado como recompensa la dicha de tener una hija llamada Sagrario.

Juan adoraba a su mujer, lo mismo que Elena adoraba a su esposo. Entre los dos jamás había existido el menor motivo de disgusto y tanto el uno como el otro citaba a su cónyuge como modelo de nobleza, de lealtad y de bondad.

Para Elena todo el mundo se encerraba en Juan y para éste toda su vida se concentraba en Elena. Se conocieron de muy jóvenes y aquella simpatía que los unió en un principio se convirtió pronto en un amor que los llevó a unir sus vidas para siempre.

Juan era obrero en los talleres del ferrocarril y su laboriosidad, su trabajo y su honradez le habían hecho acreedor de la simpatía de sus compañeros y del cariño de sus superiores que jamás tuvieron que recriminarle el menor acto.

Era puntual como ninguno a la entrada en la fábrica y el último casi siempre en salir. Sus máquinas eran las que estaban en mejor disposición y los trabajos más difíciles era a él a quien se le encomendaban siempre.

Esta preferencia que sus jefes denotaban por él no podía ser del agrado de todos los compañeros, y como siempre ocurre donde existe gran número de seres, la envidia había ani-

dado en el alma de uno de ellos, que veía en Juan, más que un compañero, un rival que le privaba de un puesto que él podía conseguir.

Se llama éste Miguel, y era uno de esos hombres para quienes la familia y la casa quedan siempre relegadas a segundo término. Aficionado al juego y a la taberna, cuando salía del taller se reunía con otros varios compañeros y se pasaban horas y horas en ella, sin pensar que en su casa le aguardaban con verdadera angustia.

Miguel, en su deseo de poder hacer que Juan cesase alguna vez en falta, trató varias veces de llevárselo consigo, pero siempre fracasó en su propósito, hasta que, finalmente, descubrió una afición de Juan. Era ésta la de jugar al dominó. Juan, en los días de fiesta, se reunía con algunos íntimos y acudía al café donde malaban algunas horas en una inocente partida de dominó, hasta que llegaba la hora de cenar, y marchaban amigablemente cada uno a sus respectivos hogares.

Uno de los que jamás se separaba de él era su amigo Rafael. Muchacho de alguna menos edad que Juan, pero que sentía por éste un cariño de verdadero hermano, y que se hubiera matado por defender aquella amistad, creada al calor del trabajo y de una simpatía mutua.

Desde que Juan llegara del rancho de San Rafael, donde había nacido, entre los dos amigos no había habido nunca la menor frase de discusión y la voluntad del uno solía ser siempre la misma que la del otro.

Uno de estos días de fiesta, Miguel acudió al café donde iban los demás amigos de Juan, y compañero que era de ellos tomó parte en la partida. Perdió aquella vez y desde entonces siguió desafiando a Juan para la revancha. Esta tuvo lugar y el desafío fué presenciado por varios compañeros. Sucedióron los comentarios respecto a cuál había jugado mejor, y ello dió origen a nuevas partidas, hasta el punto de que todas las tardes, al salir del taller, se dirigían a la taberna próxima, y engreídos en el juego, a una partida sucedía la otra, y la otra, y así sucesivamente, hasta que se daban cuenta de que eran las diez o las once, y corrían cada uno a sus casas respectivas.

Aquella nueva conducta de Juan no podía menos que extrañar a Elena. Ella, que estaba acostumbrada a la puntuali-

dad de Juan, en cuanto pasaba media hora de la acostumbrada a llegar a él, su desasosiego y angustia eran infinitas.

Los primeros días encontró excusa a la conducta de Juan; pero a medida que esta tardanza iba haciéndose habitual iba Elena también sintiéndose más descontentada.

Y como en toda casa de vecinos no falta nunca una «buena persona» que se dedique a fustigar el fuego, en la de Elena estaba la señora María, mujer de muchos más años que la joven esposa, la cual sentía predilección por meterse en todos aquellos asuntos que no la importaban.

Al darse cuenta de lo que pasaba en el hogar de su vecina, le faltó tiempo para visitarla y al preguntar por Juan se exclamó, diciéndole:

—Pues yo creí que Juan era puntual todas las noches. Siempre lo había señalado como un modelo de maridos.

—Y así ha sido siempre—respondió con ingenuidad la joven esposa—. Yo no sé lo que le pasa a Juan, desde algún tiempo que llega tarde siempre... Yo lo siento, porque mañana tiene que levantarse temprano y no descansa lo necesario.

—¿Nada más que por eso lo sientes?—le preguntó con cierta ironía la vecina.

—¿Por qué más quiere usted que lo sienta? Juan es un hombre cabal. Lo que pasa es que se refina con algunos amigos, y éstos no le dejan.

La vecina se echó a reír maliciosamente, y en su deseo de meter cizaña, le respondió:

—Eso dicen ellos siempre. Empiezan por amigos, luego que si unas copas y después terminan con llos de faldas.

—Juan no es mujeriego—se apresuró a decir Elena defendiéndole—. Siempre me ha querido.

—Eso es difícil de averiguar—le replicó la vecina—. Yo, de usted, me pondría en guardia. No hay derecho a dejar casi abandonada a una mujer tan bonita.

Y en efecto era así. Elena era una mujer bellísima. Su rostro, de facciones correctísimas, de tez morena y ojos grandes y negros se hallaban orlados por el marco brillante de la seda de sus cabellos de alabastro, y en su boca chiquitita y carnosa resplandecía el rojo fuerte de unos labios sexuales, que tenían la dicha de sonreír constantemente.

Su cuerpo era esbelto, ágil y de curvas acentuadas que

sobresaltaban aún más en la rítmica cadencia de su andar menudito y gracioso que impresionaba.

Había tenido muchos admiradores, aun después de casada; pero Elena siempre supo conservar a su marido la fidelidad jurada y ni por un instante cruzó por su pensamiento la idea de engañar a su esposo.

Le amaba con toda la sinceridad de su alma, y aquel amor se hallaba completado con el cariño que profesaba a su hija Sagrario, preciosa chiquilla de seis años y fiel reflejo de la belleza de su madre.

Siguió la vecina envenenando el alma de la pobre mujer, cuando se abrió la puerta y apareció Juan. Al ver allí a aquella mujer, se la quedó mirando enérgicamente, y la otra, para justificar su presencia, se levantó, diciendo:

—Puesto que ya está usted aquí, me marchó. Vine a hacerle compañía a Elena, porque sabía que usted no había llegado.

Juan, que conocía de sobras a la vecina, sin dejar su seriedad, le respondió irónicamente:

—Usted siempre tan buena, consolando al triste y aconsejando al desgraciado.

La vecina comprendió la ironía, y salió de casa de Juan, mientras que éste le preguntaba a su mujer:

—¿Y la niña?

—Duerme—respondió su esposa de mal humor—. ¿No querías que te esperase hasta las diez?

—Yo no he dicho eso—respondió Juan—. Solamente he preguntado por la niña. Creo que puede un padre preguntar por su hija.

—Pero te parece bonita la hora que llegas—le replicó su mujer—. ¿Crees que puedes descansar lo necesario teniéndote que levantar temprano mañana?

—Llevas razón; pero nos hemos entretenido más de la cuenta. Ha sido un compromiso con varios amigos... Yo te prometo que no sucederá más...

Elena empezó a olvidar su disgusto y su marido, sentándose en la mesa, le preguntó bromeando:

—¿Me quieres dar de cenar?

—No debía hacerlo—le dijo su mujer—; pero para que veas que no guardo rencor, te daré la comida.

Mientras que ella le preparaba la cena, Juan comprendió

cúanta razón tenía aquella mujer para quejarse, y murmuró casi en voz alta:

—Lleva razón... No hay derecho para venir tan tarde.

Y cuando ella le estaba poniendo la mesa, la cogió por una mano, y sonriéndole cariñosamente, terminó por hacer reír a su mujer, que le dijo:

—Siempre terminarás haciendo lo que quieres de mí.

—Y ahora quiero que terminemos dándonos un beso—le dijo él.

Elena se acercó aún más a su esposo y permanecieron algunos minutos abrazados, como si hicieran las amistades, después de aquella pequeña nubecilla que flotando durante unos momentos por el cielo de su dicha.

Pero a pesar de aquella promesa, Juan, al día siguiente, se vió también comprometido a acudir a la taberna para continuar la partida.

Miguel jugaba de contrario con Juan, y aquella noche tenía el santo de espaldas, como vulgarmente se dice, y no había manera de que ganase una sola partida.

Las bromas de los otros compañeros excitaron el carácter pendenciero de Miguel, y al fin, sin poder contenerse, exclamó dirigiéndose a Juan:

—Ni tú sabes jugar ni sabes lo que haces. La suerte es lo que te hace ganar.

Juan, sin adivinar el tono que empleaba su amigo, o por lo menos el que él creía que lo era, respondió:

—Ya sabes que siempre te gano.

—Me ganarás porque cumples el refrán de que afortunado en el juego...

—¿Qué quieres decir?—preguntó Juan violentamente.

Los demás compañeros que advirtieron la incorrección de Miguel, se apresuraron a intervenir, diciendo:

—Vamos, hombres, no hay que ponerse así por una tontería.

—Yo lo que digo lo sostengo—exclamó Miguel.

Mas apenas había terminado la frase, cuando Juan se abalanzó sobre él, y de una bofetada lo hizo rodar por el suelo.

Los que presenciaban la partida, temiendo que la cosa pudiera llegar a mayores, se apresuraron a sujetar a los dos contendientes, y Juan le dijo:

—Bien sabes que no me gusta ser pendenciero: pero yo te demostraré a ser mejor nacido y no hablar lo que no debes. El otro, mirando rencorosamente a Juan, le amenazó, diciéndole:

—Eres el primer hombre que me ha puesto la mano en la cara y eso te costará caro, Juan.

—Me río de tus amenazas y ten presente que me encontrarás siempre que me busques. Ni te temo, ni deseo pelea.

La cuestión fué enfriándose, y al fin se calmaron los ánimos, y Juan quedó rodeado de sus amigos, mientras que Miguel se fué del establecimiento.

Al cabo de una hora, y cuando ya todo el mundo casi había olvidado lo ocurrido, Juan se despidió de sus compañeros y se dirigió hacia su casa, sin pensar siquiera en la discusión que había tenido lugar aquella noche.

Sin embargo, Miguel no la había olvidado tan fácilmente, y esperaba en la calle por donde tenía que pasar Juan, con el ánimo de solventar la cuestión comenzada en la taberna. De pronto oyó los pasos de Juan, que se acercaba, y se escondió tras una esquina hasta que lo tuvo frente a él. Juan, al ver a Miguel, comprendió que éste le aguardaba, y le dijo:

—¿Me esperabas?

—Sí—respondió Miguel—. Ya te dije que había de costarte caro lo que ha pasado esta noche.

—¿Y qué es lo que quieres?—preguntó Juan, dispuesto a todo lo que fuera necesario.

—Quiero que seas hombre y que defiendas tu vida. Toma —y le arrojó un cuchillo, al mismo tiempo que él sacaba otro—. Defiéndete.

Juan se quedó mirando el arma que el otro había arrojado al suelo, y ante el gesto de su contrario, se dispuso a vender cara su vida.

Entre los dos hombres se entabló una lucha mortal, sin que se pudiera prever cuál de los dos sucumbiría a su contrario.

La soledad de aquella calle favorecía a los contendientes para no ser interrumpidos por nadie, y silenciosamente seguían atacándose con furia.

Ambos se habían herido mutuamente, pero no cesaban en su pelea. Los cuchillos brillaban en sus manos y en la certeza

de que el menor descuido sería mortal, los dos luchaban por no caer al suelo.

Por fin, el cuchillo de Juan hizo presa en un costado de Miguel que, al sentirse herido, de un supremo esfuerzo arrojó contra Juan, sepultándole el arma en el cuerpo. Rodaron los dos enemigos por el suelo, y al cabo de unos segundos Juan se incorporó, pretendiendo seguir hasta su casa. Mas su esfuerzo fué inútil, las fuerzas le faltaron y cayó sobre el cuerpo de su rival, quedando ambos en tierra, en espera de que algún alma caritativa pasase por allí y diese cuenta de lo que había ocurrido.

ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE.

Al cabo de algunas horas, un transeúnte dió cuenta de que en aquella calle había dos hombres heridos y en una ambulancia fueron conducidos a la clínica más próxima, que era la del doctor Arturo Gómez.

Era éste uno de los mejores médicos de la capital, quien al ver a los dos heridos, comprendió el peligro que corrían sus vidas, y exclamó: :

—Nos quedan pocos segundos... El que curemos antes se librará de la muerte.

Y ayudado por una enfermera se puso a curar al que estaba más cerca de él, que fué, afortunadamente, Juan.

Al cabo de una hora, terminó la cura de Juan, y cuando el doctor se acercó a Miguel, lo encontró ya cadáver, y exclamó:

—Con éste ya no hay nada que hacer... Se libraba el que tuviese la suerte de ser el primero, y le ha correspondido al otro.

Pasaron varios días, durante los cuales Juan, conducido al hospital, estuvo luchando entre la vida y la muerte. Por fin, su naturaleza fuerte, se impuso, y al cabo de un mes entró en una franca convalecencia.

Todos los días autorizados para la visita, Elena y su niña visitaban al herido, y la pobre mujer no podía menos que la-

mentar la triste situación en que se encontraban, diciéndole a su marido:

—Ahora te juzgarán y te condenarán, Juan... Yo no sé qué va a ser de nosotras. Ya no nos queda ni un centavo y no encuentro trabajo.

—No te apures, mujer—trataba de animarla su marido—; piensa que lo pasado fué en defensa propia y que no me condenarán. Además, en la cárcel, podrás visitarme lo mismo que aquí.

—Pero mientras tú estés preso, nosotras nos moriremos de dolor y de miseria... ¡Si hubieras seguido mis consejos, no nos encontraríamos en esta situación.

Sagrario veía a su madre llorar y se abrazaba a ella llorando también, sin saber siquiera el motivo de sus lágrimas.

—Menos mal—siguió diciendo Elena—que don Arturo te salvó la vida. Si no es por él, aún nos veríamos más desamparadas.

—¡Es un gran hombre ese doctor!—exclamó Juan—. Le debo la vida y nunca olvidaré ese favor.

En aquel momento oyeron la voz del doctor que había llegado casualmente al hospital y preguntaba por un compañero suyo a una enfermera, que le respondió:

—Ya ha hecho su visita y se ha marchado... Hasta mañana no volverá.

Iba a marcharse el doctor, cuando salió Elena y lo llamó, diciéndole:

—Doctor, ¿quiere usted hacer el favor de entrar a ver a mi marido?... Le debe a usted la vida y quiere darle las gracias.

—¿Que me debe la vida?—preguntó extrañado el doctor—. ¿De quién se trata?

Elena le refirió en la forma que había sido trasladado a su clínica la noche de la pelea, y el doctor respondió:

—¡Ah!, sí, ahora recuerdo... Vamos a verle.

Entró en la sala donde estaba Juan, y al verlo le dijo amablemente:

—Le felicito, amigo... Veo que ya está usted en plena convalecencia.

—Yo deseaba verle para darle a usted las gracias, doctor. Le debo la vida y no sabré nunca cómo podré pagarle.

—No se preocupe por eso—le dijo cariñosamente el doctor—. Piense en que ya está salvado, y nada más.

—Sí; pero aún me queda lo peor—respondió dolorosamente Juan—. Todavía no se ha celebrado mi juicio, y me temo que saldré condenado.

—¿Por qué?—preguntó el doctor, queriéndole dar ánimos—. ¿No obró usted en defensa propia?

—Pero eso hay que comprobarlo, y yo no podré. La familia del muerto tiene un buen abogado. Iré a presidio... Lo presiento.

—No se apure—siguió diciéndole el médico—. De presidio se sale, mientras que el otro no saldrá de donde está.

—No lo temo por mí—respondió el herido—. lo siento por mi mujer y mi hijita. ¿Qué será de ellos sin mí?

El doctor se quedó mirando a la esposa de Juan, y sintió por aquella mujer una conmiseración sin límites. Había tanto dolor reflejado en aquel rostro de dolorosa, que el doctor Gómez se sintió vivamente conmovido. Luego acarició a la pequeña Sagrario, que lloraba abrazada a su madre, y le dijo a aquél:

—Yo haré cuanto esté de mi parte para encontrar el medio de que ellas puedan defenderse. Esté usted tranquilo. Su caso me ha interesado extraordinariamente.

Y tal como lo dijo lo hizo. El doctor Gómez, desde aquel día, visitó a diario al herido y siguió con vivo interés todos los incidentes de su proceso, una vez que estuvo dado de alta en el hospital.

Tenía entonces el doctor Gómez unos veintiocho años. Su tipo, elegantísimo, estaba dotado de una extraordinaria simpatía y advertíase en su mirada una nobleza de ley imposible de engañar a nadie que lo tratase. Era un hombre correctísimo que unía a su ciencia un conocimiento profundo del alma humana y su distinción, por otra parte, acababan por cautivar a cuantos habían tenido la suerte de conquistarse su amistad.

Su posición era desahogada, gracias al nombre que había adquirido en los pocos años que ejercía su profesión, y era respetado y querido por todos sus compañeros.

A medida que pasaban los días y conforme se acercaba el momento de la celebración de la vista por el asesinato de Miguel, el joven doctor iba sintiendo mayor interés por Elena.

Le producía tanta lástima el estado en que quedaría aquella mujer que, sin poderlo evitar, se pasaba horas y horas pensando en ella.

Por otro lado, la bondad que el doctor habíales demostrado, había hecho que Elena empezase a sentir por Arturo una simpatía extraordinaria. Sentía una confianza a su lado que, cuando él hablaba, le parecía imposible que pudiese ser tan desgraciada como se consideraba cuando estaba sola.

Juan, por su parte, experimentaba por aquel hombre que de una forma tan generosa tomaba parte en la desgracia que sobre ellos se cernía, un vivo agradecimiento y, al mismo tiempo, sentía una gran tranquilidad pensando que mientras que él estuviera en la cárcel, fuera de ella, el doctor no abandonaría a su esposa y a su hijita.

No tardó mucho tiempo sin que la causa de Juan fuera juzgada y, a pesar de los esfuerzos que hizo su defensor, Juan salió condenado a doce años de presidio. Doce años durante los cuales estaría ausente del mundo y separado de él por los fríos barrotes del presidio.

La noticia de la condena de Juan dió lugar a que todos los compañeros fueran a verlo y entre ellos el viejo Antón, uno de los antiguos colonos del rancho San Rafael, que lo quería como si fuese su hijo.

Entre los dos se desarrolló una escena impresionante; pero el viejo supo infundirle ánimos, y le dijo:

—No te apures, Juan. Los años pasan volando y cuando te des cuenta estarás otra vez en la calle. Procura seguir siendo aquí dentro tan buen hombre como lo fuiste fuera y no pienses en nada más.

—Lleva razón—suspiró Juan—. Solamente una preocupación tenía y, gracias a una alma bondadosa puedo estar tranquilo.

—Lo sé—le respondió el viejo—. Ese hombre es la Providencia para vosotros, como lo ha sido para otros muchos... Don Arturo es un hombre de corazón y un hombre honrado que sabe cumplir lo prometido.

—Estoy seguro de ello—exclamó Juan.

Aquel mismo día también fueron a visitarlo Elena, la niña y el doctor.

Juan, conmovido por el interés que el médico demostraba por ellos, le dijo:

—Doctor, a usted le confío lo único que me queda en la vida, mi mujer y mi hija... No las abandone.

—Esté usted tranquilo, Juan—le dijo el doctor—. Su mujer se vendrá a mi casa para hacerse cargo de ella, mientras que usted cumpla su condena, y la niña irá a un colegio. Con el sueldo de su mujer podrá pagar la educación de su hija.

—Gracias, doctor—respondió Juan.

El carcelero llamó la atención del presidiario, para indicarle que había terminado la hora de visita, y el doctor acompañado de Elena y Sagrario se dirigieron a casa del médico, en donde vivirían desde entonces.

UN INTERES QUE EMPIEZA A JUSTIFICARSE

El doctor don Arturo Gómez no dejó de cumplir nada de cuanto le había prometido a Juan. Fiel a su palabra, la niña fué a un buen colegio, y Elena quedó como ama de llaves de la casa de su protector, que le dijo:

—No quiero que tenga usted cortedad alguna aquí, Elena. Piense que es usted el ama de todo y que cuanto disponga será cumplido... Procure animar un poco su existencia y pensar que todavía tiene mucha vida por delante.

—Gracias—respondió conmovida Elena—. Es usted el hombre más bueno que he conocido.

—No diga usted eso—exclamó el doctor.

Y sucedió que, a partir de aquel día, el doctor Gómez fué faltando a sus reuniones. En el casino empezaron a echarlo de menos, y casi todas las noches se quedaba en su casa estudiando.

Elena se esforzaba por adivinarle los menores gustos, y no desaprovechaba momento para expresarle la gratitud que por él sentía, a lo que el joven facultativo le respondió en diferentes ocasiones:

—No tiene usted nada que agradecerme, Elena... Y su mayor agradecimiento me lo debe usted demostrar no hablándome de obligaciones de ninguna clase, ni de bondades que no existen por mi parte.

Y ante aquellas palabras cariñosas, Elena sentía que la

simpatía que experimentaba por el joven doctor iba siendo cada vez mayor, más fuerte y más sincera.

El doctor no dejaba un sólo día de visita de acudir a ver a Juan, y procuraba animarlo en su encierro. Elena, por su parte, también iba a verlo y le llevaba cuanto podía. Le daba cuenta a su marido de la conducta que aquel buen hombre observaba con ellos, y le decía:

—Es un hombre de gran corazón. Ahora, la niña ya no está en el mismo colegio. El ha querido que vaya a otro mejor, aun cuando no ha dicho nada de que tú estabas en presidio.

—Ha hecho bien—respondió Juan—. Nadie puede comprender los motivos que muchas veces llevan a los hombres honrados a la situación en que yo me encuentro.

—Pero, no te apures—le decía ella—. Tú saldrás y encontrarás a tu hija hecha una señorita, gracias al esfuerzo de ese hombre.

—Nunca sabré cómo pagarle todo el bien que le debo—exclamó Juan—. Primeramente, me salvó la vida, y ahora os salva de la miseria. Si cien vidas tuviera, cien vidas serían pocas para pagarle todo lo que le debemos.

—Pero no se lo digas—le dijo su mujer—. No quiere oír hablar de agradecimiento. Le molesta que le digan que hace una obra de caridad. Su bondad es tan grande, que ni siquiera se da cuenta de los favores.

Y este agradecimiento, esta simpatía que nació en ambos fué uniéndolos cada vez más y acercándolos mutuamente.

La tranquilidad con que vivían en aquel tiempo, las comodidades de que se hallaba rodeada y el afecto que sabía sentir por ella el doctor, hizo desaparecer de Elena aquella tristeza que ensombrecía su rostro, y su belleza fué resplandeciendo en toda su fuerza, haciendo que el doctor Gómez empezara a fijarse en ella.

Fuó algo insensible para él, algo inesperado lo que le hizo ver que estaba enamorado de aquella mujer, y se recriminó a sí mismo, diciéndose:

—No tengo derecho. Sería un acto criminal. Yo no debo abusar de la triste situación de esta pobre mujer.

Pero por más esfuerzos que hacía para apartarla de su mente, la imagen de Elena perduraba en su recuerdo atormentándole y sometiendo su voluntad a un suplicio doloroso.

Lo mismo sucedía a Elena. Ella, que jamás habría faltado a su marido, a fuerza de vivir al lado de aquel hombre, tan bondadoso, tan correcto, tan caballero, a fuerza de sentir admiración hacia él y agradecimiento, no se dió cuenta de que su corazón se iba inclinando hacia el doctor y albergando un sentimiento amoroso.

Eran horas febriles las que vivían los dos, buscándose mutuamente y huyendo el uno del otro por temor de no saberse reprimir. Sus corazones se anhelaban y sus voluntades se imponían en un noble sacrificio de renunciación a aquel amor que la vida había abierto ante ellos.

Las ausencias del doctor empezaron a tener sus comentarios en los sitios a donde acostumbraba a concurrir anteriormente, y un compañero suyo fué a buscarlo un día, diciéndole:

—Vengo a saber qué es de tu vida... No se te ve por ninguna parte.

—No salgo apenas—respondió el doctor Gómez—. Me quedo en casa estudiando.

—Siempre has sido muy estudioso, pero no hasta este extremo—comentó su compañero—. Cuando vine vi tu coche en la puerta y si quieres te acompaño.

—Con mucho gusto—respondió el doctor Gómez—. Voy a la clínica.

Bajaron a donde estaba el auto de éste, y dió orden su propietario para que lo condujesen a la clínica.

Por el trayecto, el compañero le dijo:

—¿Es decir que te has recluso en tu casa y no quieres saber nada de tus amigos?

—Claro que quiero saber—respondió el doctor—; pero ya te he dicho que el estudio me embarga casi todas las demás horas. No voy más que a la clínica y de la clínica a casa.

—Sin embargo, yo creo que no es solamente el estudio el que te detiene en tu casa—dijo su compañero.

—¿Qué puede serlo entonces?—respondió el doctor Gómez—. Además, me he dado cuenta que en ninguna parte se está tan cómodo...

—Sobre todo desde que tienes un ama de llaves tan hermosa como ahora.

—No sospeches mal—le reprendió cariñosamente el doctor Gómez—. Esa mujer me ha hecho cambiar el pensamien-

to que tenía de todas las demás. Es digna de toda compasión y piedad, además, un alma tan buena y pura como bella es. Te digo que si yo encontrase una mujer como ella no dudaría en casarme, fuese de la condición que fuese.

—Sí, sí, ya comprendo—respondió su compañero con cierta reminiscencia, que el doctor no comprendió, embargado en aquel instante por el recuerdo de Elena.



¿Cómo sucedió?... ¿De qué forma se rompió el hielo que parecía rodearlos? Ni ellos mismos hubieran podido decirlo. Ninguno de los dos puso nada de su parte. Lo único cierto que había es que cuando se dieron cuenta el amor hablase declarado en los dos y que desde entonces ya no tuvieron reparo en confesárselo.

Fué quizás una atracción mutua la que aquella noche los unió, algo imprevisto, inevitable, lo que hizo que al quedar solos Elena y Arturo se desbordase el amor que llenaba sus corazones.

Primeramente, fué una mirada, en la que había todo el fuego de aquel amor; luego una sonrisa, un apretón de manos y un beso ahogado, profundo, como lo era el amor que sentían los que aclaró la situación en la que los dos se hallaban sufriendo.

A partir de aquel día, una vida empezó para Elena. Nunca como entonces conoció el goce del verdadero amor. Arturo significaba para ella cuanto de bueno y bello podía haber en el mundo, y si algo la atormentaba era el recuerdo de Juan, de aquel otro hombre a quien la ley le daba fuerzas para poseerla.

Los días de visita sufría horriblemente Elena el tener que ir a ver a su marido. Temía que pudiese advertir en ella toda la felicidad de que gozaba al lado de su amante, y sus elogios hacia el doctor eran tan sinceros y de tanta fuerza que el marido se sentía contagiado de aquella admiración profesada por su esposa.

Lo que jamás pasó por la imaginación de Juan fué el que Elena y el doctor faltasen a sus deberes, ni que entre ellos existiese otro sentimiento que el del agradecimiento.



Por fin el cuchillo de Juan hizo presa en un costado de Miguel.



El doctor se quedó mirando a la esposa de Juan.



- Doctor, a usted le confío lo único que me queda en la vida, mi mujer y mi hija.



- Papá, ¿porqué no demos un paseo en lancha?





Sagrario, después de aquella conversación que tuvo con el doctor...



La infeliz, sin poder hacerse la idea de la pérdida de sus ilusiones se había envenenado.



Se fue al lecho de su hija y
cuando levantó el cuchillo...



Uno de aquellos ataques cardiacos
que sufra cortó el hilo de su vida.



Mientras, los años corrían; aquel amor que empezó con toda la vehemencia de lo deseado fué calmándose, y se trocó en otro sentimiento más natural, más dulce, mucho más tranquilo. Llegaron a creerse tan el uno del otro, que hasta la sombra de Juan desapareció de entre ellos.

No pensaban en que llegaría un día en el que la separación sería inevitable; un día en que Juan volvería otra vez a gozar de libertad y exigiría a su mujer volver con él y abandonar a su amante.

Sagrario iba siendo, al mismo tiempo, una flor que empezaba a brillar con fragancia propia, y su rostro angelical iba adquiriendo las facciones de mujer y toda la majestuosa belleza de su madre.

Gracias al interés del doctor, se hallaba instalada en uno de los mejores colegios de la capital mejicana, y su educación no tenía que envidiar en nada a la de la más rica heredera.

Juan, debido a la conducta inmejorable que había ido observando en el presidio, mereció por parte de sus superiores el nombramiento de cabo de sala y ponía en el desempeño de su cargo toda su actividad y energía, para seguir mereciendo aquella distinción de que le hacían objeto sus superiores.

Lo que únicamente le dolía era el que pasaran algunos días sin que Elena fuese a verlo. Ella sabía excusar siempre aquellas ausencias con una enfermedad oportuna o con un viaje al colegio donde estaba Sagrario. Pero interiormente Juan se dolía de aquellas ausencias, aun cuando siempre encontraba una excusa cariñosa para su mujer.

Quien no faltaba nunca a aquellas visitas era Rafael, su buen amigo que supo animarlo en su desgarcia y consolarlo en su tristeza.

Siempre que iba a verlo procuraba llevarle regalos y Juan, a pesar de agradecersele, le decía:

—No te molestes, hombre. Aquí tengo de todo cuanto me hace falta. Además, Elena me envía cuanto es preciso... No me falta para ser feliz más que salir de aquí.

—Ya falta menos, Juan—le respondió su amigo—. Dentro de dos años volverás a ser libre y podrás estar entre los tuyos. Conserva la conducta que has llevado hasta ahora y no te contamines con algunos de los que hay aquí.

—Descuida—respondió Juan—. Sé la responsabilidad que

tengo y no faltaré a mis deberes. Lo que siento es que Elena no venga siempre a verme. Antes no faltaba un solo día de visita, pero ahora hay muchos que no puede venir.

—Es natural—respondió Rafael—. Tienes que cuidar al doctor y no es lo mismo estar en casa propia que en una extraña. Elena es una santa y debes quererla más que nunca.

—Es verdad—exclamó Juan. Pero, interiormente, seguía sintiendo la misma tristeza por la ausencia de la mujer a quien tanto amaba.

El doctor, en contra de su costumbre, ya casi apenas si visitaba a Juan. Le molestaba el encontrarse frente a aquel hombre a quien engañaba aprovechando su difícil situación, y la conciencia le acusaba continuamente de no haberse portado como un verdadero caballero.

Fué pasando el tiempo mucho más rápido de lo que los dos amantes pudieran desear, puesto que con ello se les privaría de la libertad con que vivían su amor. Y al cabo de aquellos doce años, Juan iba a ser puesto en libertad.

Elena comprendía que su situación sería, desde el instante en que saliera su marido, mucho más difícil; le sería casi imposible seguir sus amores con Arturo y esto la desesperaba, hasta el punto de que el doctor, viéndola una vez llorar, le dijo:

—No seas así, Elena; hay que tener un poco más de resignación... Esto tenía que llegar.

Ella lo miró sorprendida. No podía comprender cómo él aceptaba aquel hecho con tanta resignación, y creyéndose menos amada, le dijo:

—Tú te resignas porque no me quieres como yo a ti. Si me quisieras de verdad, no me dirías eso.

—¿Que no te quiero?... Bien sabes que sí; pero soy razonable, porque en alguno de los dos a de estar la razón... No podemos impedir que tu marido salga de presidio, como tampoco se puede impedir que te reclame en su casa y a tu lado.

—Pero, si yo al que quiero es a ti—exclamó ella, abrazándose amorosa al cuello, como si temiera que la fuesen a quitar de su lado.

Arturo sonrió comprensivo y la acarició mimosamente, diciéndole:

—No seas niña, Elena. Comprende la razón de las cosas.

Tampoco vamos a morirnos ninguno de los dos. Bien es verdad que no tendremos la misma libertad que ahora; pero nos podremos ver y seguir amándonos.

Elena, algo más tranquila se secó las lágrimas, y Arturo, al verla más conforme, le dijo:

—Todavía no has ido a ver la casa que he alquilado para ti... ¿Quieres que vayamos?

—Como quieras—repuso Elena sin ninguna ilusión.

Momentos después salieron juntos hacia el piso que había alquilado Arturo a nombre del marido, de Juan, y cuando estuvieron allí, el doctor le fué mostrando todos los muebles, hasta que finalmente le preguntó:

—¿Te gusta cómo ha quedado?

—Sí, está bien—respondió ella disciplente—; pero más me gustaría si fuera para que viviésemos los dos.

Arturo, por toda contestación, la besó en la boca, y Elena, al sentirse la caricia del hombre amado volvió a abrazarse a él.

EN LIBERTAD

El día antes de cumplirse la condena de su marido, Elena fué en busca de su hija al colegio donde estaba interna. En él nadie sabía de quién era hija, y la bondad de la chiquilla, convertida ya en una mujer, se había conquistado el cariño de su profesora y de sus compañeras y por lo tanto, al saberse la noticia de que se llevaban a Sagrario, se produjo en todo el colegio un sentimiento de tristeza.

Elena, halagada por el cariño que demostraban a su hija, le dijo a la profesora:

—Sagrario es ya una mujer y es preciso que vaya conociendo algo el mundo. Su padre me ordena que la retire y que la lleve a casa para cuando vuelva.

—Pero ¿piensa volver a Méjico?—preguntó la profesora, a quien se había hecho creer que el padre de Sagrario se hallaba en Europa.

—Sí—respondió Elena—. Está decidido a establecerse aquí en su patria, y, como es natural, quiere a su hija a su lado.

—Lleva usted razón, Nosotras somos algo egoístas; pero queremos tanto a Sagrario...

—Yo les agradezco ese afecto—replicó Elena, viendo que en aquel instante aparecía su hija.

Esta se despidió de la profesora, y luego abrazó a sus compañeras, despidiéndose de cada una de ellas.

Cuando salió a la calle con su madre, se extrañó de que hubiera venido sola, y le preguntó:

—¿Y don Arturo?... ¿Por qué no ha venido contigo?

—Porque no ha querido interrumpir nuestra entrevista—le dijo Elena, por decir algo.

—¿Nuestra entrevista?—preguntó la chiquilla extrañada—. ¿Qué entrevista?

—He querido decir la de tu padre. Acuérdate que mañana saldrá en libertad y quería que yo estuviese sola contigo por si quería hacerte alguna recomendación.

—¡Qué tonto!—replicó la muchacha sonriendo—. ¿Acaso vamos a tener nosotras secretos para él? Verás lo que le digo cuando le vea.

Y madre e hija subieron al coche que había llevado a Elena hasta el colegio, y partieron en dirección a la casa que Arturo les había alquilado.

Al llegar allí y ver que no estaba el doctor, Sagrario volvió a decir a su madre:

—¿Tampoco está aquí don Arturo?

—No tardará—respondió Elena, sin darse cuenta del interés que su hija demostraba por el doctor—. Habrá tenido alguna visita urgente y esto lo habrá prohibido.

Poco después apareció Arturo, y Sagrario, en cuanto lo vió, corrió a su lado para estrecharle las manos, mientras que el doctor la miraba fijamente y le decía:

—¡Chiquilla, estás hecha una mujer!

—¿Le gusto?—preguntó coqueteando deliciosamente Sagrario.

—Estás encantadora—le dijo el doctor—. Nadie diría que eres aquella chiquilla que yo conocí hace años.

—Sin embargo, por usted no pasa el tiempo. Yo no me lo represento nunca como ahora, sino que siempre le veo como en aquel tiempo.

Elena se había separado del grupo que formaba su hija

y el doctor, mientras que éste le fué mostrando los muebles y cuanto había en la casa, preguntándole al final:

—¿Qué te parece el nido que os ha preparado tu madre?

—Delicioso—respondió ella—. Mamá es muy buena, nunca podremos pagarle, ni papá ni yo lo que ha hecho por nosotros... pero a quien estamos más obligadas es a usted.

—No digas tonterías—respondió el médico seriamente—. Tu madre ha trabajado, yo le he pagado y con sus ahorros ha podido hacer esto.

Elena volvió a donde estaban, y le dijo a su hija cariñosamente:

—Sagrario, tienes que preparar tus ropas, arreglar todo el equipaje que has traído... Déjate de hablar y ves a hacerlo.

Salió Sagrario y Arturo le dijo a la madre de la muchacha:

—Sagrario está hecha una mujer. Hay ahora que pensar en casarla.

—Es muy niña todavía—respondió Elena—. Apenas cuenta diez y nueve años... Tiempo tiene para sufrir.

—¿Crees que el casamiento es un sufrimiento?—preguntó sonriendo el médico.

—Claro que sí. Si yo no estuviera casada, no tendría que sufrir ahora todo lo que sufro pensando en el porvenir.

—¿Y por qué ha de preocuparte?—replicó el médico—. ¿Acaso hay alguna sombra que pueda ennegrecerlo?

—Bien sabes que sí—respondió ella—. Mi marido estará aquí mañana y tendré que fingirle un cariño que no siento por él. Jamás habría podido creer este cambio de sentimientos en mí; pero la realidad ha venido a demostrármelo... La realidad y tú, haciéndome amante con locura.

Fué a abrazarlo, pero Arturo, más prudente que ella, le dijo silenciosamente:

—Ten cuidado, Elena, puede salir Sagrario y si nos viera...

Elena se sentó en una silla y suspirando con tristera exclamó:

—Llevas razón. Ya debo empezar a fingir ante todo el mundo... Me creo que no podré hacerlo muy bien.

Y al oír los pasos de su hija, que se acercaba, se llevó el pañuelo a los ojos y se los secó rápidamente para impedir que su hija se diera cuenta de su llanto y menos aún de su motivo.

Al día siguiente, en el presidio donde estaba Juan, se dió

la orden de libertad de éste. Su conducta había sido irrepachable y nada se oponía a que saliese inmediatamente de aquel establecimiento penitenciario, donde tanto había sufrido y donde había adquirido una enfermedad cardíaca, que en algunas ocasiones lo tuvo a las puertas de la muerte. En la puerta del presidio, Elena y Sagrario esperaban la salida de Juan, y cuando éste se vió fuera de aquellos barrotes que durante tanto tiempo le habían privado de libertad, cuando pudo respirar en plena libertad, el aire de la calle, sintió que toda su alma se llenaba de una alegría dicha y estrechó fuertemente contra su pecho a su mujer y a su hija, exclamando:

—Por fin, estoy otra vez en el mundo. Soy un muerto que ha resucitado... Ahora procuraré desquitaros todo el tiempo que habéis estado faltas de mi cariño...

Se dió cuenta de que no había ido el doctor, y preguntó por él extrañado, a lo que Elena le respondió:

—Tiene mucho trabajo y apenas si dispone de tiempo. De seguro que si hubiera podido habría venido a esperarte.

—¡Qué buen hombre es!—exclamó con cierta admiración Juan.— Jamás podré olvidar todo lo que ha hecho por vosotras y por mí.

Elena calló, sin atreverse a responder. Aquella admiración de su marido expresada por Arturo, le hacía daño: hubiera preferido que ninguno de los dos se conocieran, que jamás se hubieran visto; pero el Destino había unido sus vidas de tal forma que ya parecía imposible que pudieran separarse.

Cuando llegaron a la casa, Elena le mostró todo lo que había comprado Arturo, claro que diciéndole que había sido ella, y además le entregó un cheque, diciéndole:

—Aquí tienes todos mis ahorros durante doce años.

Era una cantidad crecida, una cantidad con la que jamás había soñado Juan encontrarse a la salida del presidio, y besando a su mujer le dijo:

—¡Qué buena has sido!... Gracias a ti podré recomenzar mi vida y hacerme un hombre de trabajo.

Aquel mismo día, Juan, queriendo expresar su agradecimiento al doctor, fué a verlo, y éste, al saber que el marido de Elena lo buscaba, sintió cierta inquietud. Era la primera vez que iba a ver aquel hombre, a quien él había engañado y su conciencia le acusaba de la falta cometida. No

obstante, hizo un esfuerzo por permanecer sereno, y salió a su encuentro saludándole amistosamente y diciéndole:

—¡Hola, Juan!... ¡Por fin en libertad!

—Por fin—suspiró Juan con inmensa alegría—, y lo primero que he querido hacer al verme libre es verle.

—¿A mí?—preguntó el doctor.

—Sí—siguió diciendo Juan—. Quería verle para expresarle todo mi agradecimiento. Le debo a usted cuanto soy y cuanto pueda ser. Usted no solamente me salvó la vida, sino que ha salvado la de los míos... Nunca podré pagarle todo el bien que me ha hecho...

—No hable usted de esas cosas—exclamó el doctor—. Lo pasado, pasado está. Hay que mirar de cara al porvenir y no pensar en los años transcurridos.

—Yo nunca podré hacer eso—se apresuró a decir Juan—. El que no es agradecido, no es bien nacido, y yo siempre tendré que acordarme de su protección. Cuando entré en presidio, mi mujer y mi hija quedaban desamparadas y gracias a su bondadosa caballerosidad, mi hija es hoy una señorita y a mi mujer no le ha faltado de nada.

Al doctor le molestaba toda aquella conversación. Cuanto más agradecimiento quería expresarle Juan, más remordimiento sentía por su conducta con Elena, y por lo mismo, para cambiar el rumbo de la conversación, le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Trabajar—dijo Juan—. Con lo que ha aborrado Elena, pondré un taller y trabajaré para que ellas vivan con la misma comodidad que han vivido hasta ahora... Espero además que mi salida de presidio no sea motivo para que nos prive usted de su presencia en mi casa, donde ya sé que se lo quiero y se le respeta.

—De ningún modo—respondió el doctor—. Yo le prometo ir de cuando en cuando...

Se saludaron los dos hombres, y al darle la mano, el doctor sintió cierto temblor en la suya, como si el Juan pudiera descubrir los pensamientos que se agitaban dentro de él.

EL COMIENZO DE UNA NUEVA VIDA

La bondad de Juan se manifestó una vez más con su laboriosidad. Gracias a aquellos ahorros que, según Elena, había hecho, pudo montar un buen taller, y el trabajo le fué favorable. Con él trabajaba también Rafael, si bien al cabo de algunos meses se ausentó de Méjico para seguir trabajando en un ventajoso contrato que le había salido.

A medida que aumentaba el trabajo y las ganancias de Juan, mayor era también el desasosiego de Elena. No sabía por qué, pero presentía que el amor de Arturo no era el mismo que antes.

Su frialdad le atemorizada y nunca más volvió a encontrarlo tan apasionado como antes. En varias ocasiones le reprimió su actitud, y el doctor quiso explicarle diciéndole:

—No lo creas, Elena. Yo te quiero como antes, pero hay que ser más precavidos. Piensa que tu marido podría enterarse y me podría echar en cara mi acción.

—¿Qué acción?—le preguntó ella.

—El de haberte seducido, valiéndome de su desgracia.

—No es eso—exclamó Elena—. Es que tú ya te has cansado de mí. Si me amases, vendrías con más frecuencia, sobre todo sabiendo que mi marido no puede sospechar de ti.

—Pero pueden sospechar los demás. Sagrario es ya una mujer y ciertas cosas no le pasarían desapercibidas.

—Sagrario es una niña, que no se da cuenta de nada. Su única ilusión es que la deje salir con sus amiguitas.

Pero por más que el doctor ponía cuanto podía de su parte, él mismo, en sus momentos de soledad y meditando sobre la situación creada con la salida de Juan, no podía menos que comprender que su amor por Elena había sufrido un gran desencanto.

No era hombre que le gustasen las cosas a medias y mal podía avenirse a aquella posesión del cariño de Elena, cuando sabía que había otro hombre que tenía más derecho que él a aquella mujer.

Luchaba en vano con el afán de seguir manteniendo en su corazón aquel fuego que en otro tiempo ardió, pero todos sus

esfuerzos eran vanos. Su amor por Elena se extinguía, se apagaba como si un soplo de aire hubiera agotado la llama que ardía.

Pero no así en Elena, en quien la distancia cada vez hacía más fuerte aquella pasión que abarcaba toda su vida. Era una pasión avasalladora que no reconocía límite, que no se hubiera detenido ante nada con tal de estar al lado del hombre que adoraba, y hasta aquel fingimiento que a diario tenía que hacer al lado de su marido, le ocasionaba mayor tortura.

Poco a poco, Arturo fué distanciando sus visitas, fué apartándose, como aquel que dice, de la casa de Elena, y cuando obligado por las circunstancias o por la insistencia de Elena acudía a verla, era para recibir los justos reproches de la pobre enamorada, que veía escapar aquella ilusión, única luz que brillaba en su existencia de mujer enamorada.

El mismo Juan llegó a extrañarse de la ausencia del doctor, y un día fué él mismo a invitarlo para que viniese con ellos a comer al campo.

Arturo no encontró ninguna excusa para poder eludir la invitación, y la aceptó finalmente, pensando que debía procurar por todos los medios evitar las sospechas del marido.

El día señalado para la jira, los cuatro salieron a las inmediaciones de la población, y nadie que hubiera estado con ellos hubiera podido sospechar la lucha de sentimientos que batallaban por el interior de Elena y el doctor.

Por la tarde, próximo ya el regreso, Sagrario le dijo a su padre:

—Papá, ¿por qué no damos un paseo en lancha?

—¿Te gusta?—le preguntó afablemente el doctor.

—Sí. ¿Quiere usted acompañarme?

—Con muchas gusto, pequeña—respondió el médico, haciendo acercar una de las lanchas. Cuando ésta estuvo junto a la orilla, Arturo invitó a los dos esposos a subir, y Elena se excusó, diciéndole:

—Le tengo miedo al agua... Les esperaremos aquí.

El médico y la muchacha se alejaron de donde estaban sus padres, sentada al lado de Arturo le preguntó de pronto:

—¿No ha pensado usted nunca en casarse?

—¿Por qué me lo preguntas?—le interrogó extrañado el médico.

—Por saberlo—le dijo riendo deliciosamente ella—. Yo soy muy curiosa... ¿Ni tampoco tiene usted novia?... Eso, sí, ¿verdad?

—Te equivocas—respondió el doctor—. Nunca he tenido novia, ni nunca he pensado en casarme. ¿Y tú cuántos novios has tenido?

—Ninguno—respondió rápidamente Sagrario?

—¿No has tenido ningún pretendiente, con lo bonita que eres?—le dijo riendo el doctor.

—Pretendientes he tenido varios, pero no les he hecho caso.

—¿Por qué?—preguntó nuevamente Arturo.

—Porque no me han gustado. Todos ellos eran niños de caso que se ondulan... Yo soy muy exigente para los hombres.

—¿Y en qué consiste esa exigencia?

—Pues en que quiero que el que haya de ser mi marido sea un hombre cabal, lo que se dice un hombre.

—¿Y lo has encontrado?—preguntó bromeando el doctor.

—Sí, pero da la casualidad de que el único hombre que me gusta, ni siquiera se ha fijado en mí.

—Debo estar ciego—repuso Arturo—. ¿Quién es?... ¿Lo conozco yo?

—Bastante—le dijo sonriendo la muchacha.

—¿Quién es entonces?—inquirió el médico.

—¿Quiere usted conocer su retrato?—le preguntó ella.

—Si me lo enseñas... ¿por qué no?... Tendré un gran placer conociéndolo.

—Pues se lo voy a enseñar—le replicó ella, sacando el monedero y de él el espejito. Se lo dió a Arturo y le dijo:

—Mírele a ver si le conoce.

El doctor vió reflejado su rostro en el espejo, y en seguida comprendió lo que quería decirle. Por un instante creyó que todo aquello se trataba de una broma, pero no creyendo capaz a Sagrario de bromear de aquella forma, le preguntó sonriendo:

—¿Quién te ha enseñado este original procedimiento?

—En el colegio. Las jóvenes de hoy no somos tan tontas como las de hace años. Yo no veo el por qué un hombre puede declararse a una mujer y una mujer no puede expresar su amor al hombre que lo gusta.

—Es muy moderna tu teoría, pero en cierto modo no te falta razón.

Habían llegado a la orilla donde sus padres los esperaban, y el doctor, antes de descender de la lancha, le dijo:

—Ya hablaremos de esto, pequeña; ya hablaremos.

Volvieron a reunirse con Elena y Juan y juntos regresaron nuevamente a la ciudad.

El negocio de Juan fué prosperando rápidamente, y sus ganancias dieron de sí bastante para que fuera elevándose el plano social de aquél, si bien jamás olvidó a sus antiguos amistades y siguió sintiendo por Arturo la misma gratitud que en un principio. Consideraba que cuanto era y cuanto tenía se lo debía a aquel hombre y este reconocimiento que por él sentía, lo repartía con el cariño cada vez más fuerte que sentía por su esposa.

Sagrario, después de aquella conversación que tuvo con el doctor, volvió a hablar con él sobre el mismo asunto, y el que tanto había amado a la madre, comenzó a sentir una pasión avasalladora por la hija.

Entonces fué cuando Arturo se dió cuenta de que amaba de verdad, entonces fué cuando comprendió toda la dulzura que encierra el amor, porque hasta aquel momento su afecto por Elena había sido, no por amor, sino pasión.

La belleza de Sagrario superaba a la de la madre cuando la conoció Arturo, era una belleza más incitante, más atrevida, una belleza que podíamos llamar más moderna; porque también en esto de la belleza femenina parece influir la moda.

Sus amores con Sagrario permanecieron ocultos por consejo del mismo doctor. Comprendía lo doloroso que sería para Elena tener en su hija su propia rival y quería terminar antes con ella, que decirle que amaba a Sagrario. Estaba seguro de que aquel golpe sería terrible para Elena, y buscaba la ocasión, los medios y cuanto fuese necesario para dejar aquel asunto terminado.

Se decía interiormente que aquello era una locura. ¿Cómo podía Arturo querer a la hija de la mujer que era su amante? Aquello le parecía monstruoso, pero por otra parte, tampoco tenía explicación las largas ausencias de Arturo que a penas se pasaba por la casa,

LA ACUSACION ANONIMA

Juan vivía feliz entre el cariño que él creía le profesaba su esposa y su hija. Su vida tenía el límite reducido de su taller y su trabajo. Acordábase de lo que anteriormente habíale ocurrido y no quería por nada del mundo dar lugar a que los amigos le invitasen a ningún sitio. Había rehusado cuantas invitaciones le habían hecho y su existencia transcurría tranquila y plácida entre sus familiares y sus obreros.

Pero como nada es eterno en la vida, también aquella dicha, aquella felicidad que él experimentaba fué turbada por un anónimo cruel.

Habíase terminado la jornada del día, y mientras que Juan hablaba con uno de sus antiguos compañeros de trabajo que en la actualidad trabajaba en el mismo taller, recibió una carta, cuyo contenido decía:

«Juan, ¿estás loco, que no te das cuenta de lo que estás pasando en tu casa? Mientras tú estabas en presidio, ese hombre a quien crees que debes estarle agradecido, se aprovechó de tu ausencia para ofenderte en lo más sagrado que tiene un hombre, que es su honor. Si quieres saber la verdad, vígila a tu esposa y sabrás que muy a menudo se ven en casa del doctor, con su amante, que es éste. Abre los ojos y cuida un poco de tu honor, si es que no lo has perdido en el presidio.

Un amigo.»

Juan sintió como si le dieran una puñalada al leer aquel anónimo. Por primera vez sentía sospechas de Elena; por primera vez el dardo de los celos agujoneaba su corazón, y por unos segundos, con la vista nublada por el dolor recibido, quedó con la carta en las manos, sin saber qué resolución adoptar.

El otro compañero, al verlo en aquel estado, comprendió que algo anormal le sucedía, y le preguntó solícito:

—¿Qué ocurre?... ¿Alguna mala noticia?

Juan, por toda contestación, le entregó la carta y le dijo:

—Lee eso y verás lo que me pasa.

Su compañero leyó el anónimo y se lo devolvió, diciéndole:

—A las personas que escriben estas cosas se les debía caer las manos antes de poder hacer daño. ¿Acaso piensas hacerte eco de un anónimo? Piensa que la persona que no da la cara no es digna que se tenga en cuenta.

—Pero, ¿y si es verdad lo que dice?—preguntó dolorosamente Juan.

—No puede serlo—respondió su amigo—. Elena es una buena mujer, siempre lo ha demostrado, y no merece que dudes de ella... Créeme, Juan, olvida ese anónimo y no amargues tu vida con una duda que no tiene cimiento. Sigue como hasta ahora demostrando que eres hombre en todos los terrenos y burlate de ese anónimo que debe ser de algún envidioso.

Juan cogió la carta, la arrugó entre sus manos y se la guardó en le bolsillo, diciéndole a su compañero en señal de despedida:

—Dices bien: haré lo que me aconsejas... Hasta mañana.

Se fué el operario, y Juan, al quedar solo, impulsado por los celos que aquel anónimo había despertado en él, llamó por teléfono a la oficina de información policiaca y pidió que le enviaran un detective por su cuenta.

Desde aquel día, sin que Elena lo supiese, fué estrechamente vigilada por el detective, y en vista de que Arturo no iba a verla, fué ella misma a su casa.

El doctor, al verla entrar temió porque pudiera llegar Sagrario y ver allí a su madre, y le dijo:

—Elena, ¿cómo te atreves a venir aquí?

—¿No he venido otras veces?—le preguntó ella.

—Sí, pero ahora es distinto—le respondió el doctor, comprendiendo lo razonada de su contestación.

—Es verdad—suspiró con tristeza Elena—. Entonces me amabas y ahora no, ¿verdad?

—Te amaba antes y te amo ahora—exclamó el doctor—. Pero debemos ser más razonables, debemos comprender que no está bien lo que hacemos. Juan no es digno de que se le engañe.

—¿Ahora te acuerdas de Juan?—preguntó ella irritada—. ¿Qué me importa a mí Juan ni nadie, si lo único que yo quiero es tu amor? Arturo, ¿por qué no nos vamos a Méjico?

Huyamos hoy mismo, lejos de aquí, donde podamos vivir siempre el uno para el otro.

Y a la vez que le decía aquella se abrazaba a su cuello, como si en aquella súplica pusiese toda su vida.

—No—respondió el doctor con firmeza—. Yo no debo ni puedo marcharme. Tú te debes a tu marido y ese escándalo sería terrible para él y para mí...

Elena comprendió al fin que aquel amor no la amaba ya. Adivinó que no sentía por ella el menor sentimiento amoroso, y levantándose indignada exclamó:

—Está bien, Arturo. Ya me has dicho lo que jamás hubiera podido creer en ti. Desde hoy ha terminado todo entre los dos. No volveré a molestarte más... Adios, Arturo.

Y aquella misma noche, cuando su hija y Juan llegaron a su casa, encontraron a Elena gravemente enferma. La infeliz, sin poder hacerse la idea de aquella pérdida de sus últimas ilusiones, se había envenenado, y cuantos esfuerzos hizo el médico para salvarla fueron inútiles.

Aquella misma tarde también, Juan recibió la visita del detective, que le dijo que había visto a su mujer en casa del doctor y que había permanecido con él más de dos horas.

—Al salir—terminó diciéndole el detective—, salió con visibles señales de haber llorado. Debió tener una entrevista fuerte con alguien. Además, según he podido averiguar, son muchas las veces que se veían allí.

Aquellas averiguaciones y el hecho de que su mujer se hubiera envenenado, fueron datos más que suficientes para que Juan adquiriese la seguridad de que Arturo y Elena eran amantes. La muerte de ésta se debía sin duda, a algún disgusto tenido con el médico y que la había hecho cometer la locura de intentar contra su vida.

Mientras que Sagrario permanecía al lado de su madre, Juan salió fuera de la habitación con el doctor y le preguntó:

—¿Qué le parece, doctor?... ¿Se salvará?

Juan no había querido que fuese Arturo el que asistiera a Elena, y había acudido otro médico, que le dijo:

—Creo que cuanto se haga es inútil. La vida de su esposa es cosa de pocos minutos. El veneno que ha tomado es de lo más activo que se conoce.

Y confirmando las palabras del médico, a penas éste había salido cuando Sagrario comenzó a gritar llamando a su padre, al ver que su madre se moría.

Murió Elena y se llevó a la tumba el secreto de aquel amor, que solamente conocía su amante y su marido. Sagrario, libre de la custodia materna, acudió a Arturo buscando en su amor el consuelo a la pena que la afligía, y mientras tanto, Juan sufría interiormente pensando en el daño recibido del doctor, de aquel hombre a quien tanto debía y de quien no podía vengarse.

Pasados algunos meses, entre Arturo y Sagrario se concertó la boda, y para ello Arturo hizo pedir la mano de la joven.

Juan tuvo un primer impulso, que fué el de negarse; pero, al fin, se impuso en él la cordura, y al enviado le dijo que lo pensaría.

Se aconsejó del viejo del rancho, y éste, después de saber toda la verdad, le dijo:

—No tienes más que dos caminos a seguir, Juan: o deshonra la memoria de la muerta o admitir esa boda. Procura, no obstante, aconsejar a tu hija, hacerle ver la diferencia de edad que existe entre los dos: peso si así y todo ella persiste, será inútil que te opongas.

—Lo haré así—respondió Juan, despidiéndose de él.

Y aquella misma noche sostuvo una conversación con Sagrario haciéndola ver que el doctor le doblaba casi la edad. Pero ella, firme en su deseo de casarse con el doctor, le respondió:

—No me importa, papá, le amo y solamente con él podría ser dichosa.

Se encerró poco después en su habitación, mientras que su padre, sólo en el comedor, siguió bebiendo sin tino, hasta que los vapores del alcohol nublaron sus sentidos.

Fué un impulso inhumano, algo que ni él mismo hubiera podido sospechar, lo que le impulsó a coger un cuchillo e ir a la habitación de su hija. Lo prefería todo antes que entregar a aquel pedazo de su alma al hombre que deshonró a su madre. Decidido, se fué al lecho de su hija, y cuando levantó el cuchillo para herir, sintió como si alguien le detuviera la mano. Levantó la vista y en la obscuridad de la noche le pareció ver el rostro de Elena, y hasta oyó su voz que le decía:

—¿Qué culpa tiene ella para que pienses castigarla? Los culpables somos nosotros, yo sufrí ya mi castigo, pero él, no. Perdónale, que el perdón es la dicha más grande del mundo.

No toques a mi hija, que es también tuya... Es lo único que te queda en el mundo.

Juan se arrojó a los pies de la cama de su hija; ahogadamente, para no despertarla, lloró con una amargura que jamás había sentido.

Al día siguiente fué a casa de Arturo. Este se hallaba hablando con Sagrario, y cuando le pasaron aviso de quién quería hablarle encerró a la joven en la habitación contigua y recibió al padre de su novia.

Antes dobló la hojita del calendario en la que estaba escrita la fecha de su casamiento próximo con Sagrario, y cuando entró Juan le dijo:

—Hola, Juan, ¿cómo van esos ánimos?

Pero Juan, sin aceptar la mano que le ofrecía el médico, le dijo:

—He venido a pedirle que renuncie usted al casamiento con mi hija.

Sagrario, segura de que la visita de su padre se relacionaba con su próxima boda, se puso a escuchar detrás de la puerta, y oía toda la conversación de los dos hombres.

—¿Y por qué es esa negativa?—le preguntó Arturo.

—Porque no quiero que sea marido de mi hija quien antes fué amante de su madre.

Arturo quedó desconcertado. La seguridad con que hablaba Juan, demostraba que era inútil negarlo.

Sagrario, sin poderse contener al oír aquella exclamación, salió del cuarto inmediato y se arrojó a los brazos de su padre. Este, al ver a su hija, creyó que se había consumado lo que él tanto temía, y exclamó:

—¿Es usted un canalla!... ¡Un...!

No pudo terminar la frase; uno de aquellos ataques cardíacos que sufría cortó el hilo de su vida, y cayó pesadamente al suelo.

Arturo lo examinó detenidamente y comprendió que nada podía hacer por salvarlo, y mientras que Sagrario se abrazaba a él cubriendo su rostro de lágrimas y llamando a su padre, Arturo arrancó la hoja de papel donde estaba inscrita la fecha de su casamiento, y la rompió con intenso dolor, pensando que la muerte había destruido dos vidas y la posibilidad de su amor por Sagrario.

FIN

Obs. Francis Rogin

4/21

SELECCION FILMS DE AMOR

36 páginas de texto - Ilustraciones en papel
couché-Portada a todo color-50 céntimos

AVE DEL PARAISO	Dolores del Río.
BOMBAS EN MONTICABLO	Kathe de Nagy.
EL PRINCIPE DE ARCADIA	Liane Hald.
LA INEACIABLE	Carole Lombard.
EL VINCENOR	Jana Mural.
EL TIGRE DEL MAR NEGRO	George Bancroft.
TENTACION	Joel Mac Crea.
ESTUPEFACIENTES	Joan Mural.
EL HECHIZO DE HUNGRIA	Gustav Froelich.
EL MALVADO ZAROFF	Fay Wray.
EL GRAN DOMADOR	Anita Page.
LA MUJER HERNUDA	Florella.
NOCHE DE GRAN CIUDAD	Jacqueline Franckel.
VERONICA (La florista)	Fransiska Gent.
LUCES DEL BOSFORO	Quintus Priethob.
PAPRIKA (Grasillo de sal)	Fransiska Gent.
ESPIAS EN ACCION	Regitze Helm.
VIAJE DE IDA	William Powell.
LOS NIEBELUNGS	Pati Richter.
HOT O NUNCA	Jean Klepura.
EL DIAMANTH ORLOW	Ivan Petrovich.
EL ZAREWITSCH	Martha Mayerth.
SAGRARIO	Ramón Pereda.

— PERDIDOS A —

EDITORIAL "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Remita el importe en sellos de correo y cinco céntimos por el certificado. Franqueo gratis.